



**P E C E S**  
**DE COLORES**  
**Y HORMIGÓN**

**Maartje Wortel**

Seix Barral

MAARTJE WORTEL

# **Peces de colores y hormigón**

Traducción del neerlandés por  
Marta Arguilé Bernal

**Seix Barral** Biblioteca Formentor

Título original: *Goudvissen en beton*

- © Maartje Wortel, 2016
- © por la traducción, Marta Arguilé Bernal, 2018
- © Editorial Planeta, S. A., 2018  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta y composición tipográfica: Janine Hendriks

© Ilustraciones de la cubierta y del interior: Janine Hendriks

© Fotografía de la autora: Keke Keukelaar

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-322-3422-4

Depósito legal: B 20.627-2018

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

(SIN) PECES DE COLORES

Y HORMIGÓN

*Una cadena*

1. Mi padre dice que acabó en Tilburg porque un día se metió en un coche. Es una manera de contar la historia de tu vida. «La vida no empieza hasta que tienes un hogar —afirma—. Y eso nos pasa a todos, no sólo a mí. Todo lo que ocurre antes no cuenta.»

Tonterías, pienso yo. Y es probable que tú también. Sabes tan bien como yo que la vida puede acabar (sí, eso también) con la sensación de tener un hogar, pero de momento démosle la razón a mi padre. No empecemos complicando las cosas. Quién era él antes de acabar en Tilburg no es importante para la historia.

Éste es el comienzo. (De momento puedo decirte que el comienzo es lo que más dura, es el impulso inicial. El final es un punto. Sólo un

punto. Pero si miras con detenimiento, verás que ese punto es una abertura, un minúsculo agujero por el que puedes pasar. Tras él, un nuevo y largo comienzo te está esperando. Si quieres, esto no acaba nunca.) Todavía te debo ese momento en el que me presento educada y formalmente, pero lo dejo para más adelante. A veces charlas con alguien en una fiesta durante un par de horas; ahí estáis los dos, apoyados en la encimera de la cocina con una botella de cerveza en la mano; observas cómo las manos de un desconocido rascan la etiqueta y luego van quitando los restos blancos y pegajosos del papel de la botella; hablas de cualquier cosa hasta que encuentras un tema en el que ambos os sentís cómodos y no es hasta el momento de despediros que preguntas: Por cierto, ¿cómo te llamas? Aunque lo que te suele ocurrir es: ¿Cómo has dicho que te llamabas? Y perdona, perdona, perdona, sólo para acabar olvidándolo después. La respuesta no importa y a la vez lo es todo —Irene, Eva, Omar, Karel, Jenneke,

Sophie, Soundos, Jan—; ese nombre también entraña un final o un comienzo, es como una etiqueta, una piel, la primera capa. Te prometo que mi nombre será el comienzo.

Pero ahora volvamos al lugar de donde vengo.

«Me metí en un coche —dice mi padre—, y como de costumbre salí a dar una vuelta. Conduje por la autopista tanto rato y tan rápido como pude. Tomé la salida de Tilburg.» (Olvida decirme de dónde venía, qué coche conducía, de qué color era, si era diésel o gasolina, a qué olía el interior. Olvida decirme qué música estaba escuchando o si pensaba en algo o en alguien, si aquel día estaba nublado o si el sol le quedaba a la izquierda o a la derecha y lo alto que estaba en el cielo. Especialmente olvida decirme si estaba buscando algo y por eso se metió en el coche, y si era feliz. Todo eso se lo calla.)

Lo que puedo contarte es cómo sucedió, más o menos. O lo que le he oído decir a mi padre unas trescientas veces a trescientas personas distintas: que ese día una mano invisible lo empujó a salir en Tilburg. Mi padre no cree en Dios, pero cree en las buenas historias. Si le das la oportunidad, convierte en historias todas las decisiones que ha tomado en su vida, y suele hacerlo en su propio e inimitable estilo. Yo no creo que haya manos invisibles que nos empujan. Son nuestras propias manos. Quizá no sepamos por qué hacemos lo que hacemos, pero nos movemos, aunque por lo general no tengamos la menor idea de hacia dónde vamos ni por qué. Mi padre lo ve de otro modo. Quiere añadir que en general su manera de conducir es bastante arbitraria; a menudo solía ir a dar una vuelta, para él el coche era «un salón móvil» en el que se sentía cómodo. «Así puedes dejarte llevar», dice, pero, en su opinión, salir en Tilburg no fue casual.

Debes saber que mi padre es holista. Durante mucho tiempo creí que un holista era

alguien que creía en el vacío, en crear huecos, cavidades, el espacio entre edificios, dedos, entre tú y los demás. Me imaginaba un edredón del que acabara de emerger un cuerpo caliente. No se trataba del cuerpo sino del edredón, abierto y abandonado, desprendiéndose del calor y la forma de esa persona. Resultó que esto sólo eran suposiciones más. Un holista cree que todo está indisolublemente conectado con lo demás, del mismo modo que todos los mares y océanos poseen su propia variabilidad y complejidad y sin embargo están compuestos por la misma agua, aunque cada uno de ellos tenga su propio nombre. Según mi padre, todo es una reacción en cadena, una serie de sucesos entrelazados (y entonces él saca invariablemente a relucir la historia de que el aleteo de una mariposa en Brasil puede desencadenar un tornado en Texas). Nunca puedes ver las cosas separadas unas de otras. Por eso empiezo hablándote de mi padre, ya que, sin él, ni siquiera te habría conocido. En cierto sentido, es absurdo pensar en estas co-



sas, porque es un hecho completamente lógico: si apartas de ti a todas las personas, todo el espacio, todo el tiempo, todas las manos invisibles, está claro que no queda nada. Nada existe de manera aislada. Tampoco nosotros.

«No —dice mi padre—. Siempre queda algo, incluso en ese caso. Siempre queda algo; sólo que toma una forma distinta.» (No iba tan desencaminada, pues, con mi idea del edredón.) No quiere simplificar la vida atribuyendo todos los sucesos y los encuentros al azar. Mi padre cree que algunas cosas son inevitables y quedan fuera del alcance del azar; una verdad fluye de otra verdad como en el ir y venir de las mareas. La verdad (pronuncia esa palabra alzando inusitadamente la voz) y el azar, por lo que a él respecta, no se encuentran ni en la misma habitación.

